

Baroja, Valle-Inclán, desde distintos puntos de vista, nos introducen en el vasto panorama literario de la revolución del 68.

La parte documental responde a lo que ya nos van teniendo acostumbrados las publicaciones tanto de Clara E. Lida como las de Iris M. Zavala; mucha e interesante documentación, que facilita y con frecuencia orienta posteriores investigaciones.

En resumen, e insistiendo en lo dicho al principio, cabe aceptar como positivo el trabajo de conjunto, si bien hay que reconocer que para los lectores iniciados muchos de los trabajos recogidos apenas si aportan nada nuevo y otros, posiblemente los mejores, ya eran conocidos por haber aparecido en otras publicaciones.—*ELENA ANGEL (Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Avenida de Puerta de Hierro. MADRID)*.

UNA REVISION DE LA NOVELA HISPANOAMERICANA

Mil novecientos treinta y tres es el año de publicación de un interesante libro del crítico peruano Luis Alberto Sánchez titulado *América, novela sin novelistas*. La tesis del autor, reflejada ya por el título de la obra, vino a incidir en un confuso panorama de enconadas polémicas sobre la existencia o inexistencia de una tradición cultural específicamente americana. (Aquí correspondería señalar que, en la mayoría de los países latinoamericanos, inicialmente este adjetivo, *americano*, excluía al subcontinente norteamericano; distinto es el caso de España o Europa, donde la rapiña yanqui ha incursionado eficazmente incluso por el campo de la semántica, apropiándose un adjetivo que en verdad sólo parcialmente le pertenecen.) El libro de Sánchez, sin embargo, al poner en tela de juicio la existencia de una novela americana, y encontrar una multitudinaria audiencia para su discutible teoría, estaba indirectamente corroborando otro dato esencial: la —esta vez sí— irrefutable ausencia de una tradición crítica específicamente hispanoamericana, pese a una no muy extensa nómina de escritores (Martí, Darío, Bello, Gutiérrez, etc.) que de algún modo y lejanamente la preanunciaban.

Con el paso del tiempo la situación indudablemente ha mejorado. Hoy el estudioso de la novela hispanoamericana, o incluso el simple aficionado, cuenta con un cierto número de obras que cumplen más

o menos eficazmente con el propósito de clarificar el proceso evolutivo de la literatura hispanoamericana. Tres libros, entre ellos, gozan de una merecida reputación. Sus títulos: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, del ya mencionado Sánchez; el *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*, del profesor uruguayo Alberto Zum Felde, y la *Historia de la literatura hispanoamericana*, del crítico y narrador argentino Enrique Anderson Imbert. Justo es señalar, sin embargo, que el cataclismo producido en la década del sesenta por la irrupción de lo que, con lamentable expresión, se ha dado en llamar el *boom* de la novela hispanoamericana, ha venido prácticamente a sepultar al menos a los dos primeros libros aludidos. En efecto, este cataclismo ha traído aparejado un inevitable corolario de desmitificaciones, revisiones y rescates, sumiendo en el olvido a una cantidad considerable de escritores hace diez años todavía reputados como excepcionales (piénsese en los casos del chileno Eduardo Barrios, el argentino Eduardo Mallea o el ecuatoriano Jorge Icaza), y arrebatando al pasado una docena de notables narradores injustamente preteridos por el *establishment* de las letras hispanoamericanas (tal es el caso de los argentinos Roberto Arlt y Leopoldo Marechal o de los uruguayos Juan Carlos Onetti y Felisberto Hernández, para no citar más que cuatro ejemplos).

En estos últimos años han menudeado los investigadores que con tesón y rigor han acometido la tarea de efectuar el *aggiornamento* de la crítica hispanoamericana. Mención destacada merece entre ellos el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, que por cierto ha sido quizá el primero en poner a la mitológica *Doña Bárbara* de Gallegos en el lugar que legítimamente le corresponde (es decir, una segunda categoría). Tras sus huellas, una considerable cantidad de ensayistas jóvenes ha comenzado a remodelar la ya vetusta imagen de la crítica del nuevo continente. No corresponde aquí citar nombres, ya que estas enumeraciones son siempre arbitrarias, incompletas y a menudo menos útiles que irritantes. Ahora una editorial española de reciente creación, Al-Borak, acaba de lanzar un libro del joven crítico peninsular Rafael Conte, *Lenguaje y violencia*, que pese a ciertos reparos que habrán de enumerarse a continuación, puede desde ya comenzar a ser considerada como la mejor introducción global al vasto y controvertido campo de la novela hispanoamericana.

El estudio arranca de unas pocas pero necesarias precisiones sobre el concepto de literatura hispanoamericana. Efectivamente, si bien es cierto que, bajo un determinado aspecto, la literatura hispanoamericana no es más que el resultado de sumar un impreciso número de literaturas *nacionales*, por otra parte hay ciertos elementos fundamen-

tales que permiten corroborar su evidente unidad de destino. Esos datos esenciales sobre cuya verificación se asienta esta hipótesis del destino común son, a juicio de Conte, un contexto lingüístico y un contexto político-social. Un tercer contexto, el histórico-cultural, resulta particularmente importante, por cuanto hay actualmente una cierta tendencia por parte de los *novísimos* a minimizar las aportaciones de la literatura anterior, y una simétrica inclinación de los *carcas* a inflar artificialmente los valores de la tradición.

Frente a esta esterilizadora disyuntiva Conte asume una actitud intermedia (una actitud ecuaníme, vale la pena recalcar, no ecléctica ni acomodaticia), que lo lleva a revisar sumariamente toda la historia de la narrativa hispanoamericana desde sus orígenes hasta la década del sesenta. En esta revisión, en general acertada, y en todo caso defendible desde su propio punto de vista, el autor exagera tal vez la importancia de dos novelistas cuya obra no ha resistido al paso del tiempo, que son Mallea y Gallegos, y quizá no se extiende suficientemente sobre la importancia de quienes posiblemente sean los cuatro grandes precursores de la nueva narrativa: Mariano Azuela, Roberto Arlt, Horacio Quiroga y José Eustasio Rivera. Hay una omisión injustificable, la del argentino Ezequiel Martínez Estrada, autor de una docena de cuentos memorables, y también una valoración arbitraria de la obra de José María Arguedas, a quien Conte atribuye tendencias simplificadoras, *optimistas* y *doctrinarias*, atribución sumamente curiosa si se repara en que Arguedas suele ser habitualmente atacado en nombre de las razones exactamente inversas. Que Arguedas fuera un escritor pesimista no pasa de ser una suposición; pero que era un escritor esencialmente conflictivo lo atestiguan, entre otros, dos hermosos ensayos, uno de Mario Vargas Llosa y otro de Julio Ortega, y también una circunstancia de carácter anecdótico: su suicidio.

Vienen a continuación once ensayos de extensión variable en los que se estudia, respectivamente, la obra de Borges, Asturias, Carpentier, Rulfo, Onetti, Cortázar, García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Lezama Lima y Guimarães Rosa. La variabilidad de la extensión es quizá también indicativa de la premura con que algunos de estos ensayos han sido redactados. Así hay una visible contradicción entre la solidez y la penetración de los que tratan sobre Cortázar, Borges o Asturias, por ejemplo, y la provisionalidad del dedicado a Rulfo, sin duda el más endeble de todos ellos. La obra se cierra con un vasto panorama (que sin embargo no pretende ser exhaustivo) de la narrativa más reciente, y que cumple acabadamente con su función de redondear la imagen de este vasto, complejo y todavía inconcluso proceso.

Las líneas maestras de este estudio vienen así a describir la laboriosa transición de una literatura donde la violencia no pasaba de ser una característica exterior, un elemento temático, no estructural, a otro tipo de libros donde esa misma violencia reaparece ya interiorizada, instalada en el seno de un lenguaje que vive como una epifanía el rito de su constante disolución. En esta perspectiva, Conte define con meridiana claridad la significación de los dos grandes maestros de la actual narrativa hispanoamericana: «Los dos polos de donde surge esta nueva expresividad narrativa tienen nombres propios. Uno, el de Miguel Angel Asturias, el creador de lenguaje, el que instaló la libertad frente al idioma; otro, el de Jorge Luis Borges, el creador profundo, el del idioma exacto, que enseñó la libertad frente a la razón, el triunfo de la fantasía sobre cualquier doctrinarismo. En estas dos libertades se apoyarán, después, todos los nuevos narradores del continente».

Lenguaje y violencia es, como ya se ha señalado al principio de esta nota, un libro esencial, quizá la más importante obra de introducción general sobre el tema publicada hasta el presente. Los reparos aludidos, y algunos otros, que aquí no vale la pena exponer, apuntan a una necesaria corrección de algunos de sus pasajes. Conte ha publicado una obra importante, no cabe dudarlo. Para una próxima edición —porque el libro seguramente ha de reeditarse— convendrían algunas rectificaciones menores. Así el libro dejaría de ser meramente importante para convertirse directamente en clásico. Tal es el privilegio de los escritos donde la amenidad y la concisión no excluyen nunca a la penetración y la originalidad.—JUAN CARLOS CURUTCHET (*Alenza*, 8. MADRID).

NIETZSCHE Y SOBRE NIETZSCHE

FRIEDRICH NIETZSCHE: *Ecce Homo*. Madrid, Alianza Editorial, 1971, 172 pp.; *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza Editorial, 1972, 206 pp.; *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza Editorial, 1972, 472 páginas. Traducciones: Andrés Sánchez Pascual.

La publicación de la traducción de las obras de Nietzsche, recientemente iniciada por Alianza Editorial, constituye un acontecimiento cultural de la mayor importancia para el público de lengua castellana; no es que la filosofía de Nietzsche sea poco conocida en los medios